

LA PINTURA DE ARTURO MARTÍNEZ.

Por: Guillermo Grajeda Mena.

Es para mí satisfactorio hablar en estos momentos de un pintor guatemalteco que logró explicar amablemente sus sueños de hombre moderno con un espíritu de visionario precolombino.

Arturo Martínez era un artista bastante sensitivo sincero, trabajador infatigable y poseedor de un talento pictórico muy original. Con sencillez y maestría desarrollo motivos plásticos en agradables obras cromáticas, usando el color moreno de nuestra carne indita y los tonos de los celajes tropicales.

Sin hacer arqueologismo, supo trasladar a sus lienzos imágenes de carácter indígena, con sabor de remotos tiempos: genios de caoba y de matilisguate en medio de luces de estrellas fugaces, pájaros encantadores sobre nubes de pom y orquídeas virginales, peces de cristal entre ríos de aguamarina y lapislázuli y niñas indígenas con el corazón de arcoíris.

Este artista trabajó con la facilidad de un mago y con la sencillez de un primitivo, pero con la seguridad de un maestro.

Martínez era algo así como un brujo del Popol Vuh que sabía conjugar a los espíritus de los montes y de las aguas, con los encantos celestes.

Martínez venía de esas tierras altas de occidente, donde el arte es fresco y claro, la tierra llena de bosques de pinos y pajonales, donde los pastores cuidaban rebaños de ovejas acariciadas por el dios del viento, mientras las niñas, a la sombra de sus ranchos, tejen hilos de ensueño, bajo la dirección de Ixchel, la diosa de la maternidad y de los tejidos: la luna, la eterna compañera y patrona de las mujeres indígenas.

Este es el ambiente donde se formó Arturo Martínez. Ahí donde el sol es como dice el Popol Vuh, lluvia de plumas de guacamaya y de colibríes, ahí donde la tierra está dedicada a la serpiente. Cantel se llama el pueblo, es decir, Cantil, la víbora venenosa que representa al planeta Venus, Gukumatz, el Dios serpiente con plumas de quetzal.

Para obtener el título de maestro de escuela, Martínez hizo sus estudios en la ciudad de Quetzaltenango, la tierra del quetzal, de inmediato, al consagrarse al magisterio en su ambiente rural, a la par e esa noble tarea de enseñar a los niños, él mismo aprendió mucho de ellos, la sinceridad, la alegría y la pureza de expresiones, descubriendo, asimismo los caminos del arte que lo llevarían a expresar sus emociones.

En el año de 1946, envió a la ciudad capital una acuarela titulada "Piñata", para participar con ella en el certamen anual de la Asociación de Profesores y Estudiantes de Bellas Artes, (APEBA). Para sorpresa de muchos, este trabajo obtuvo el primer premio; así fue como entró Arturo Martínez, el maestro rural, en el mundo artístico de Guatemala.

Su primera exposición personal la abrió en el auditorio del Instituto Normal Central de Señoritas "Belén", con el patrocinio de la Universidad Popular; esto fue en el mismo año de 1946.

Después de trabajar constantemente y de poner varias exposiciones en Quetzaltenango y en esta capital, logró una beca para hacer estudios en Francia. Así llegó a París en 1949. Donde logró mostrar en público muchas de sus obras, habiendo sido admiradas por varias personas

amantes y conocedoras de las Artes Plásticas, contándose entre ellas André Bretón, quien las elogió.

En 1950, a su regreso, puso una exposición en el “Ateneo García Lorca”, con los trabajos que había pintado en París. Para sorpresa de todos sus admiradores y amigos, su pintura no se había logrado depurar y enriquecer sus expresiones mágicas, del mundo indígena que había mantenido latente en su diario vivir.

Como cosa extraña vemos que en una época revolucionaria y perteneciendo a la Asociación Saker-ti, Arturo Martínez ni puso en sus obras ningún tema que reflejara ninguna lucha social. El mismo dijo en una ocasión que su pintura no era revolucionaria, naturalmente refiriéndose al contenido, pues en la forma sí logró imponer una revolución que rompió con los cauces viejos acostumbrados en nuestra Academia.

Sin una intención premeditada, sino con una espontaneidad silvestre manejó su arte dentro del automatismo imaginativo, es decir transitó por los caminos del mundo subconsciente donde encontró la riqueza indígena de los niños de Guatemala.

En ese mundo del color precolombino y de los niños indígenas trabajaba Arturo Martínez cuando lo sorprendió la muerte, en 1956, a los 44 años de edad, lleno de vida e ilusiones.

En el catálogo de su exposición póstuma, para ilustrar su carácter y su labor, escribimos lo siguiente: “La obra de Arturo Martínez nos comunica de inmediato su mensaje claro y preciso, no hay en él segundas intenciones, es humilde, sincero y digno. Es el caso de un hombre sencillo e inteligente que da a conocer por medio de la plástica sus impresiones subconscientes el campo psicológico de la infancia.

Sus colores son frescos y limpios, sus dibujos sin límites, es decir que no existen preocupaciones lineales continuas; toda la fuerza está en lo cromático, en la finura de la pincelada y en los reflejos luminosos a base de colores armónicos.

La temática de sus cuadros gira casi siempre alrededor de la maternidad, de los juegos de los niños y de la vida de los animales del campo.

Corta fue la vida de Arturo Martínez en el campo del arte, pero rica y fecunda porque en poco tiempo logró marcar nuevos rumbos a nuestra manera de sentir el espíritu y la forma del mundo indígena que nos llena y que nos rodea, dándonos una lección con su labor sistemática y emotiva, de lo que puede hacerse con sinceridad, fe, y entusiasmo.